D O S S I E R

las emociones, según Henri Wallon

ELENA HERRAN

Psicóloga y psicomotricista; doctora en Pedagogía y profesora del departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad del País Vasco.

Quizá esta reflexión debería titularse moda y psicología. La razón es simple: hoy, más que nunca, es el mercado quien señala los temas de interés psicológico. Actualmente la inflación emocional arrasa, lo que unido a los avances en neurociencias nos sume a los profesionales del desarrollo humano en la más absoluta perplejidad. ¿Qué son las emociones?, ¿cuándo y cómo se originan?, ¿cuáles son? ¿Qué papel les corresponde en la vida psíquica? Vamos a tratar de buscar respuesta a estos interrogantes en la psicología genética de Henri Wallon.

La psicología genética: el contexto de nuestra reflexión

Antes de nada, hemos de recordar que la **psicología genética** estudia el psiquismo en su formación y en sus transformaciones desde su punto de partida hasta su nivel de desarrollo más elevado, es decir, desde la aptitud para retener la huella o los vestigios de las experiencias anteriores hasta el desarrollo adulto actual. La **cefalización** es clave ya que provee de un comportamiento muy superior al reflejo medular, pudiendo incluso modificar o anular sus efectos a medida que el encéfalo se desarrolla. Como consecuencia los niveles de actividad se despliegan y superponen entre sí.

La plasticidad del sistema nervioso humano es tal que los sistemas de referencia necesarios para la actividad psíquica pueden sustituirse totalmente entre sí, si así lo exigen las circunstancias. La principal condición de progreso psíquico es la **persistente disponibilidad** del aparato psíquico; disponibilidad que responde a equilibrios funcionales en relación con las tareas de la época y el tipo de civilización.

A escala individual, la psicología genética estudia la transformación de la cría humana en ser adulto. La psicogénesis está ligada a dos **tipos de condiciones**: unas, **orgánicas**, y las otras, relativas al **medio** del que la criatura recibe los motivos de sus reacciones. A pesar de poseer desde el nacimiento todas las neuronas de las que dispondrá a lo largo de su existencia, las condiciones de funcionamiento se logran gradualmente según sus prolongaciones neuro-fibrilares adquieran la capacidad de conducir el influjo nervioso.

Cuando los circuitos correspondientes al ejercicio de cada función se cierran o lo que es lo mismo, la función ha llegado a su **maduración**, está lista para iniciar su andadura. La maduración es la disposición biológica para funcionar, que hace sucesivamente posibles diferentes clases o niveles de actividad. El desarrollo ulterior será muy variable según encuentre o no ocasiones de manifestarse y es aquí donde el **medio** interviene. Sin él, la función no tendría objeto y permanecería en estado virtual, o atrofiada. La función precisa estímulos apropiados y al ejecutarse entra en relación con actividades diversas de las que más adelante dependerán aptitudes aparentemente autónomas, pero que en realidad dependen de aso-

ciaciones de base que se formaron o no con anterioridad.

La psicogénesis humana precisa que a la maduración del sistema nervioso, se añada el **ejercicio**, que debe diversificarse tanto como sea posible. A diferencia de los animales, cuyos circuitos funcionales se constituyen de golpe, la diversidad supone una indeterminación inicial, pero también acarrea la superioridad humana, siempre ligada a la necesidad de aprendizajes prolongados y sucesivos en los que cada función, ineficaz en principio, debe descubrir sus múltiples virtualidades y establecer conexiones interfuncionales tan complejas como las circunstancias permitan en el momento y más adelante puedan exigir.

La continuidad en la progresión de la psicogénesis tiene dos motivos fundamentales: la imbricación de las conexiones nerviosas y los modos sucesivos de las relaciones con el medio en el que habita el sujeto, tanto humano y físico. Su consecuencia son los **estadios** de la personalidad.

Tras el nacimiento sólo la función respiratoria se ha hecho autónoma. La función nutritiva sigue siendo dependiente de la madre aunque se haya separado de su cuerpo. El aparato muscular responde a estímulos intero, propio y exteroceptivos en forma de descargas no orientadas y sin otro objetivo que resolver una tensión sobre la que no se ejerce ninguna inhibición. Se trata del estado más bajo de la actividad psicomotriz, del **estadio impulsivo**, porque es el de los actos que ignoran toda coacción, toda determinación ajena a su propia necesidad de realizarse. Más adelante, en estadios más avanzados, reaparecerán los impulsos: el acto puede estar en ese momento más estructurado, pero escapa a las inhibiciones ya establecidas. Ahora se trata de la ausencia total de sistemas inhibidores; se trata de la impulsividad en estado puro.

Ciertas impresiones sensoriales, consecuencia de la satisfacción o de la frustración de las necesidades esenciales experimentadas por la criatura, van a ligarse rápidamente a sus manifestaciones y van a constituir una primera serie de asociaciones condicionadas. Las que se deben a la presencia de las personas que asisten a la criatura, particularmente su madre, destacarán a causa de su frecuencia y regularidad. Así, entre ambas y según sus disposiciones recíprocas de cada momento, se va a establecer una **señalización expresiva** hecha de mímica y de actitudes, de la que exclusivamente puede la criatura extraer al principio resultados útiles, mientras que otros gestos son prácticamente ineficaces.

El ambiente social se superpone al ambiente físico o natural y se convierte en un medio necesario de acción sobre él. En la especie humana son las relaciones afectivas con el entorno las que empiezan dominando la conducta. A partir de los seis meses la gama de intercambios con el entorno próximo está casi completamente adquirida por lo que se puede denominar a este **estadio emocional**. La escuela de Pavlov no cree que sea la experiencia la única fuente de esta intuición precoz y activa de los significados fisonómicos, sino que también supone un instinto fundamental, un reflejo incondicionado, el "reflejo de animación".

¿Qué son las emociones? ¿Cuál es su origen?

Algunas emociones, entendidas como engranajes perfectamente acoplados a las necesidades de la acción, parecen incrementar las disponibilidades energéticas del sujeto. Otras, en cambio, parecen ser manifestaciones de desorden, nocivas o molestas; anomalías funcionales. A pesar de las diferencias en lo relativo a la **naturaleza** de las emociones, todos los autores reconocen la intervención de las funciones vegetativas en ellas, de manera útil o nociva.

D O S S I E R

Para unos, las emociones son funciones con las que alimenta su energía y para otros, lo que puede refrenar el desarrollo de los oportunos automatismos al mezclarse en ellas. Para ambos, las emociones se identifican con la acción sobre el mundo exterior, en las que las reacciones viscerales y tónicas sólo jugarían un papel subsidiario o perturbador. A pesar de la contradicción del postulado anterior, las emociones según Wallon (1985) son **reacciones organizadas** cuyos mecanismos responden a la actividad de centros situados en la región optoestriada.

Sus orígenes y mecanismo fisiológico se evidencian a través de un modo de reaccionar que aparece hacia el sexto o séptimo mes y que Insabato (1921) considera la **emoción primitiva**. Es el cosquilleo, no el piloso o epidérmico, que suscita reflejos localizados de rascamiento, sino el que se obtiene por fricción profunda de las regiones ricas en aponeurosis -membrana fibrosa que envuelve un músculo e impide su desarrollo lateral cuando se contrae- y en inserciones musculares tales como las partes laterales del tórax.

La **sensibilidad** que despliega es orgánica, y depende de los órganos del movimiento, no de un objeto o excitación exterior; es sensibilidad propioceptiva frente a la exteroceptiva. No propicia gestos de acercamiento o de prevención, ni reflejos de adecuación sensorial. En lugar de adaptarse con precisión creciente a lo que es el origen de la excitación, los movimientos se extienden y amplifican de manera difusa. Son espasmos que producen contorsiones y sobresaltos que se van incrementando y que provocan sacudidas de risa forzada, y finalmente convulsiones de sollozos con lágrimas. Es decir, las maneras de reaccionar que corresponden a los dos polos de la vida afectiva, la alegría y el sufrimiento.

Aunque la excitación siga siendo la misma y se mantenga, las reacciones **se amplifican** debido a la estrecha reciprocidad que existe entre la sensibilidad orgánica y la actividad tónica. El espasmo añade a la excitación origen su propia excitación y se convierte en el origen de un espasmo más dilatado. De manera que el efecto no cesa de multiplicarse a sí mismo. Se acumula en el organismo en forma de tono, en lugar de prodigarse exteriormente en gestos y actos, y llega un momento que tras invadir todo el aparato motor y rebasar su capacidad debe descargarse: aparecen las sacudidas de la **risa**.

Al estallar la risa, los músculos se ablandan, el esfuerzo se diluye; confluyen todas las circunstancias propicias para elevar el nivel del tono o rebajar su umbral de descarga. Ahora bien, si la risa no alcanza a apurar el tono en exceso y si la **excitación tonígena** persiste, entonces propaga sus efectos desde los músculos del esqueleto a los de las vísceras y aparecen los sollozos. En los estados de hipertonía, de angustia, sólo ellos pueden resolver la opresión respiratoria, el calambre del corazón y de los vasos, el bolo del esófago.

En realidad, constituye la **crisis saludable** que restituye su flexibilidad a las funciones y a los miembros. La transformación de la risa en llanto por simple acumulación de excitaciones tonígenas es un buen ejemplo de variación cuantitativa que se convierte en variación cualitativa, según la fórmula de Hegel recuperada por Engels.

Todas las emociones: placer, alegría, cólera, angustia, miedo, timidez, pueden ser reducidas al modo de formarse, consumirse o conservarse en **tono**.

1. El placer y la alegría

El **placer** nace de las caricias, al margen de que el incentivo posterior sea sensorial o moral. Consiste siempre en la liquidación de espasmos aparentes o íntimos. La excesiva facilidad acarrea la insipidez del placer y

cuando se difiere se agudiza e incluso puede llegar a transformarse en sufrimiento. La frontera entre ambos a veces se confunde.

La **alegría** es el resultado del equilibrio exacto y de la acción recíproca entre tono y movimiento. El equilibrio puede establecerse en diferentes niveles. Hay alegrías **pasivas** en las que la satisfacción consiste en sentir una especie de exquisita armonía entre la carencia de impulso y la reducción de nuestra actividad. Hay alegrías **frenéticas**, en las que la intensidad de la gesticulación parece competir con la intensidad de la excitación íntima que consume, pero que al propio tiempo renueva.

Las **sensaciones** del aparato **muscular** y **articular** son un estimulante, cuya acción es claramente observable en los bebés, que al ser despojados de sus ropas recuperan su libertad de movimientos. La **excitación del movimiento** puede también tener los mismos efectos que la del placer y las caricias.

2. La cólera

La **cólera** surge cuando la excitación excede a las posibilidades de liquidación. El placer que producen las caricias se transforma rápidamente en irritación. Una criatura a la que su madre, cuidadora, etc. se obstina en acariciar porque cree que así la apacigua, ofrece resistencia y es en esa resistencia donde, de hecho, encuentra la calma.

En determinados casos de idiocia la exageración de la agitación motriz desencadena vociferaciones irritadas. Sintiéndose aliviados tras la explosión de cólera, sus movimientos se moderan y van acompañados de relinchos de alegría, pero, a medida que su cadencia se acelera, resurge la irritación y así sucesivamente por periodos alternos.

En la **criatura irritada** tras una jornada de juegos, un estallido de cólera puede ser el prefacio indispensable de un sueño placentero. **Ciertos trabajos** en los que la espera, la vigilancia, la preparación, la previsión, pesa más que las posibilidades de realización efectiva parecen secretar una irritabilidad latente. Las personas que adolecen de cierta inquietud que hace que se anticipen a lo que están haciendo y se lancen a la acción exagerando previamente su preparación, demorando o inflando su ejecución, sin disponer de las aptitudes necesarias para completarla, se encuentran constantemente en el umbral de la cólera.

El origen más frecuente de la cólera son las relaciones con el **entorno personal**. Pueden ser a la vez, el origen de la excitación y el obstáculo de las reacciones en las que podría consumarse. Unas veces la **personalidad** del antagonista, impidiendo la reacción adecuada, determina el encono y la explosión bajo pretextos o bajo formas más o menos desviadas. Otras veces es el **encarnizamiento** del adversario que, multiplicando órdenes, preguntas, reproches, cerrando el camino a cualquier respuesta, lleva la exasperación hasta el paroxismo. Otras, en fin, es la **situación** excesivamente vasta o excesivamente difícil para las posibilidades actuales del sujeto la que no deja otra salida a su excitación que la rebelión o la furia.

La cólera que se resuelve acaba explayándose en movimientos de tendencia agresiva que incluso puede volverse contra cosas inanimadas e insensibles, en razón de un regreso a una especie de animismo pueril: algunos adultos rompen lo que encuentran a su alrededor del mismo modo que el niño castiga a la silla contra la que se ha dado. Pero la agresión va acompañada de reacciones que pueden ser su preludio y estimulan su vigor, a condición, sin embargo de que desaparezcan oportu-

namente y de que se eclipsen ante el desencadenamiento de los automatismos de lucha.

Con ellas se eliminan también las manifestaciones y la conciencia de la emoción propiamente dicha. Si por el contrario, persisten, la emoción gana la partida al automatismo. A las simples invectivas y provocaciones desdeñosas se añaden actitudes de afirmación dramática; la exaltación aumenta y sólo se mitiga mediante vociferaciones y gesticulaciones incoherentes tras la que aparecen rigidez, espasmos e hipos.

La excitación de la cólera, sin embargo, puede generalizar la contracción y no desembocar en descargas motrices. Son las cóleras blancas o cianóticas con tendencia al síncope. Suelen ser más frecuentes en el niño que en el adulto y a menudo indican espasmofilia. Sucede entonces que el sujeto dirige sus golpes contra sí mismo, se revuelca por el suelo, golpea su cabeza contra el suelo o contra la pared, se pega puñetazos en la cara, se muerde las manos.

A través de sus excitaciones sensitivas parece reaccionar contra la amenaza de inmovilización y de muerte aparente que la hipertonía, al alcanzar la musculatura visceral y respiratoria, hace pesar sobre él. De ahí que, en efecto, el niño pueda ser rápidamente arrancado de su pasmo mediante enérgicas revulsiones periféricas. En ese tipo de cóleras, el factor angustia se sobrepone a la agresividad y a la dramatización.

3. La angustia

Como el sufrimiento, la **angustia** es lo opuesto al placer. Si un espasmo se resuelve causa placer, si dura produce sufrimiento. Cuando el fulgor excesivamente vivo deslumbra al ojo aparece calambre del iris, si el iris se paraliza deja de haber espasmo y sufrimiento. Generalizado a los aparatos de la vida vegetativa, el espasmo acarrea angustia. La angustia es una desazón íntima que gradualmente conduce a una indiferencia o insensibilidad a las influencias del ambiente, perteneciente a la vida de relación.

Su forma atenuada es el **aburrimiento**: las circunstancias más favorables pierden todo su atractivo, no son capaces de suscitar el más mínimo impulso de arrancar al sujeto de su anquilosamiento doloroso. Más acentuada, la angustia, comporta una especie de anestesia no sólo moral, sino también psíquica. A la indiferencia por los viejos motivos de interés se añade una insensibilidad más o menos profunda por las excitaciones periféricas. La angustia, además, tiende a la totalidad. A ella se asocian remordimientos e inquietudes.

El sujeto se reprocha no experimentar amor por los suyos o que las cosas no le producen la impresión debida. No es capaz de eludir la reiterada verificación, una y otra vez, de su **insensibilidad**. Busca en su recuerdo o en su imaginación razones para sufrir, se desespera por permanecer indiferente a ellas e imagina constantemente nuevas razones siempre más violentas y más extravagantes. Al propio tiempo, puede infligirse tormentos corporales que pueden incluso llegar a la automatización, y afligirse por no encontrar tormentos lo suficientemente crueles que le permitan experimentar el dolor en toda su agudeza.

A pesar de la atroz desazón que se puede atribuir a los espasmos orgánicos de la angustia, hay un **antagonismo** entre la hipertonía y la sensibilidad que suscitan las excitaciones exteriores, incluso cuando ésta es dolorosa. Tienden a abolirse mutuamente. Algunos naturalistas cuentan el caso de los animales que en estado de espasmo venéreo prolongado, como los sapos, parecen contraponer a las peores mutilaciones una insensibilidad total.

Lo que se suele llamar algofilia –apetencia de dolor

físico-, a menudo, sólo es una reacción de angustia. El **dolor** es buscado para liquidar la angustia, pero no se experimenta la sensación del dolor puesto que la angustia supera el umbral. Hay menos inclinación al dolor por sí mismo que esfuerzo por luchar contra la desaparición de todo cuanto pertenece a la vida de relación, a través de la oleada de contracción íntima y de abandono profundo en la que parece que va a sumirse la conciencia. Es un acto de revulsión para retener el dolor y provocar una caída del tono.

Laignel-Lavastine y Delmas han referido el **caso** de un melancólico, el cual tras haber intentado suicidarse por estrangulación provocó una descarga motriz en la que de pronto sintió resolverse la angustia que le aquejaba y que después "adquirió la costumbre de apretarse el cuello con todas sus fuerzas, no para estrangularse, sino para obtener la distensión de sus espasmos".

El **orgasmo venéreo** puede ayudar a la resolución del tono ansioso. La masturbación es una reacción frecuente en los melancólicos. Una expectativa ansiosa termina a menudo en necesidades eróticas.

4. El miedo

Se ha comparado a menudo la angustia con el **miedo**. Entre ambos hay paralelismos, pero hay también contrastes. Orientado al futuro el miedo se convierte en aprensión y entronca con la angustia. Desarrolla la hipertonía. Es el **miedo estimulante** de Stanley Hall, o la contrafobia, para otros autores. Según este autor, la mujer que teme a su marido o a su amante, el niño que tiene miedo de sus padres puede experimentar un cierto placer por el gusto de la aventura y por reminiscencias de las vicisitudes continuas en las que vivía el hombre primitivo.

El mecanismo parece ser mucho más simple. Toda expectativa va acompañada de un estado de tensión tónica que da lugar a la angustia, pero que también puede resolverse en espasmos de placer, en orgasmo venéreo o en simple excitación. Hay, en efecto, **juegos** en los que el niño se divierte con su miedo: jugar al escondite, jugar a evitar una palmada o un empujón, etc.

El placer depende de la **expectativa**. Una sorpresa que no se espera no puede ser objeto de juego. El placer sólo existe cuando el acontecimiento guarda proporción con la expectativa. Para evitar una decepción, el niño normalmente exige de su compañero de juego que actúe de una forma estrictamente determinada. Las reglas de los juegos infantiles surgen de esa necesidad esencial.

Pero es ahí precisamente donde hay **contraste** entre la ansiedad y el miedo propiamente dicho. La expectativa de algo entraña una actitud correspondiente; esta actitud, por otro lado, puede convertirse en obsesión o en fobia. El miedo, por el contrario, resulta a menudo de circunstancias imprevistas que desbaratan nuestra expectativa y nuestras actitudes.

La **sorpresa**, evidentemente, también puede ser estimulante y desencadenar automatismos útiles, tales como una fuga súbita y rápida. Pero entonces quedan abolidas las manifestaciones y la conciencia del miedo. Se ha observado a menudo que la **fuga** deja tantos menos recuerdos cuanto que la ejecución ha sido más segura y más perfecta. Entre la carrera y los obstáculos que debe salvar se opera una especie de apropiación exacta e inmediata que no deja espacio libre para el sentimiento de miedo. Al cabo de un cierto tiempo es cuando empezamos a estremecernos o a temblar evocando la imagen del peligro corrido. De todos modos, esa imagen es con frecuencia lacunar y difícil de reconstruir.

Cuando, por el contrario, es la emoción la que se sobrepone al automatismo, los movimientos se alteran,

pero la razón no está en la hipertonía como en el caso de la cólera o de la angustia, sino en la hipotonía. A veces el sujeto se desploma como un andrajo -**ictus** emotivo-. O se siente como clavado en el suelo, sus piernas flaquean, la fuerza parece desvanecerse. Sus manos son incapaces de retener o de asir. El relajamiento y el temblor de sus músculos le impiden contrarrestar el efecto con un gesto o una actitud adecuadas.

El miedo se traduce esencialmente por el **desarreglo** de las funciones posturales. Es el efecto de situaciones contra las que momentáneamente es imposible reaccionar con una actitud oportuna. Es posible que la actitud sea única y exclusivamente ambigua y producir un simple bloqueo de actitudes. Así se explica el hecho acertadamente observado por Stern que una novedad total no atemoriza a la criatura, pero un rasgo nuevo en un objeto familiar le causa a veces espanto: la actitud habitual, evocada y reprimida a un tiempo, le deja sumido en pleno desequilibrio. La actitud distada por las circunstancias puede también estar en total oposición con las posibilidades actuales de la situación. En suma, la desproporción entre el acontecimiento y una cualquiera de las actitudes de las que podría disponer el sujeto, puede llegar a ser tal que su experiencia usual le deje absolutamente sin punto de apoyo.

Si en todos los ámbitos de la actividad el miedo está vinculado a la impotencia para tomar posición y recuperar el equilibrio, es porque su **causa primitiva** es la desaparición de los puntos de apoyo sin los cuales nos resulta imposible estabilizarnos en el espacio, con la ayuda de las actitudes apropiadas. Las primeras manifestaciones del miedo se logran en los bebés dejándoles momentáneamente sin sostén o haciendo que ceda bajo su cuerpo la superficie que lo sustenta.

El propio **adulto**, para jugar con su miedo, no ha sabido imaginar nada mejor que las montañas rusas y el tobogán, que le dan la impresión de verse súbitamente abandonado por su punto de apoyo. El miedo patológico suele ir cediendo hasta llegar a la agorafobia, miedo a no poder mantener su equilibrio si no tiene cerca algún objeto al que aferrarse en caso necesario.

5. La timidez y la prestancia

Una emoción que tiene afinidad con el miedo es la timidez. En ella hay la misma incertidumbre acerca de la actitud o el porte que se puede adoptar. Los mismos temblores o inseguridad en los movimientos. El mismo desorden en las funciones de postura: hipotonía, distonía y asinergia. Pero los motivos de la timidez son fundamentalmente psicológicos. Es el miedo frente a las personas, o dicho con mayor precisión, es un miedo relativo a **su propio "yo" frente a los otros.**

La timidez se halla en una relación inmediata con las relaciones de **prestancia**; va unida a sus vacilaciones o a su derrumbamiento. La función de prestancia es fundamental, aunque muy sutil en sus efectos, e incluso se manifiesta en deficiencias profundas. Su importancia es capital puesto que responde a las **disposiciones reflejas** que despierta la presencia de otro, fuente de riesgos o eventualidades variables frente a las que es necesario poder reaccionar instantáneamente. Las reacciones de prestancia se confunden con un estado de vigilancia del que resulta el contacto físico de los seres entre sí y que entraña su comportamiento recíproco.

La **excitabilidad** que le es propicia puede también dar lugar a la irritación y a la cólera, si sus efectos se acumulan sin encontrar la manera de aplicarse a manifestaciones adecuadas, o, por el contrario, a la satisfacción y a la alegría, si logran encaminarse libremente

hacia actitudes provechosas; es decir, que puede ser punto de arranque de emociones diversas, con arreglo a su mecanismo habitual. El comportamiento de los animales está colmado de esta sensibilidad y de estas reacciones recíprocas, que abarcan desde los hechos de fascinación hasta las manifestaciones que normalmente suscita el encuentro de dos individuos, tanto de la misma especie, como de especies diferentes.

Para cerrar

Así, las emociones proceden de la **actividad postural**. Le dan orientación propia al confundirse con lo postural, lo tónico, que incluye, entre las funciones posturales, las contracciones de todas las vísceras. Efectivamente las reacciones orgánicas y particularmente la actividad contráctil del aparato circulatorio, del tubo digestivo, de la vejiga, de todas las **vísceras** de fibras lisas, tienen una participación tan decisiva en el mecanismo de las emociones como la tienen las variaciones del tono en el aparato muscular de las actitudes y del equilibrio, y cada una de las emociones adquiere su especificidad y significación psíquica a través de las actitudes propiamente dichas.

El **lugar que ocupan** las emociones en el comportamiento infantil, la **influencia** que continúan ejerciendo sobre el del adulto, más o menos abiertos o en sordina, no puede ser un simple accidente o una simple manifestación de un desorden. Indican su carácter de reacciones organizadas en el sistema nervioso cuyos centros regulan y coordinan sus manifestaciones.

Queda por analizar su **quehacer en la vida psíquica**, su función dentro del comportamiento humano, ya que las emociones entran en conflicto con las dos formas de actividad que lo ponen en relación con el medio y que le permiten, en consecuencia, adaptarse a él o modificarlo en su provecho: la aptitud para reaccionar a las circunstancias exteriores por medio de movimientos apropiados, es decir, los automatismos y la aptitud para representarse las realidades del mundo exterior. Lo hacemos en el siguiente número de Entre Líneas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Wallon, H. (1979). *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad.* Buenos Aires: Nueva Visión (Orig. 1934).

Wallon, H. (1980). *Psicología del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo infantil.* Madrid: Pablo del Río.

Wallon, H. (1984). *La evolución psicológica del niño*. Barcelona: Crítica (Orig. 1941).

Wallon, H. (1985). *La vida mental.* Barcelona: Crítica (Orig. 1938).